

de cuentos. Su rostro resplandeciente, su pelo sin artificios y la emocionante sencillez de su vestido de muselina blanca, la colocan en ese lugar privilegiado que tenían las hadas en los poemas orientales.

Una herida infinitesimal en su mano blanda, es enorme pretexto para que yo desahogue mi rencor por las espinas.

—Las espinas son únicamente “tretas femeninas”—. Son sus prejuicios, a ellas deben las rosas el cincuenta por ciento de su personalidad.

Expresada esta idea filosófica, la señorita Anicia, vuelve a su actitud de colegiala, a su aspecto tranquilo, a su ensueño ligero.

Los puntos geométricos del tiempo (que dirían los escolásticos) pasaron sin que yo lograra darme cuenta: son ya las dos de la tarde. Instalados triunfalmente entre rosas, regresamos a la realidad a 90 kilómetros por hora.

Para tener éxito entre las mujeres, basta con ingeniarse en aparecer necio: desde entonces, la he visitado frecuentemente; vamos algunas veces al cine; me intereso siempre en sus conversaciones; jamás la contradigo, y como “tiene la inteligencia de la música y razona sutilmente” asistimos juntos a conciertos y conferencias y le presto libros de buena literatura. Además, puesto que la ilusión tiene entre ellas un gran prestigio, reconozco que es necesario engañarlas (nunca per-

donan al hombre que no las engaña). Por eso llegamos hasta concertar citas medioevales a la luz de la luna, le obsequié lindos ramos de violetas, y perturbé su sueño con románticas serenatas.

Pero todo esto no es más que el desarrollo ordenado de un plan trazado de antemano; un conocimiento más, una nueva experiencia para afirmar mi personalidad. Estoy muy lejos de interesarme formalmente y tal vez ella va a tomarme en serio. Como soy un caballero, tengo obligación de mostrarme íntegramente. Esta misma noche conocerá mi modo de pensar.

...Y esa misma noche, la señorita Anicia y yo, interesadísimos en una conversación sin importancia, fuimos a pasear bajo los árboles de su jardín. Era una de esas noches clarísimas, en que las estrellas parecen recobrar su influencia legendaria sobre los hombres. Bajo esa influencia lejana y suave, pronuncié yo dos palabras temblorosas, inciertas, “quebradizas”; pero como consecuencia de ellas, algunas semanas después circulaban entre “nuestros íntimos”, cincuenta esquelas estilizadas, en papel de lino, en bellas letras góticas y en estos términos escalofriantes:

El señor Juan López y la señorita Anicia W. R. participan a usted su enlace, etc., etc...

Y así fue como yo, hombre de experiencia, caí rendido ante la más común de las inexperiencias.

HUMANISMO Y FILOSOFÍA EN MÉXICO

HUMANISMO y filosofía son dos conceptos esenciales en la trayectoria espiritual de México, aun cuando alguna vez sean tan sólo palabras apuntadas hacia una intención inactual, fórmulas sin contenido, recuerdos o deseos; así y todo, fueron y son esos conceptos el índice que marca rutas exactas al espíritu nacional, el cual es como es y como fue hecho, cuyo genio y figura no puede mudarse sin consentir en la renuncia de su ser, en el trueque por otro espíritu, en la desvinculación de este peculiar organismo que se nos da como nación aquí y ahora, con tradición y destino específicos.

Porque lo nacional mexicano no es lo indígena, ni lo europeo, ni menos aún, dentro de lo europeo, lo inglés utilitarista ni sus derivaciones al activismo y la especialización angloamericanos que, en nuestras crisis de filisteísmo, en las más dolorosas etapas de nuestra evolución, hemos querido adaptar ciega e ilusionadamente. (Se rozan estas ideas con las exposiciones de Alfonso Reyes: “Discurso por Virgilio”. (Homenaje de México al poeta Virgilio... 1931, pág. 385); Samuel Ramos: “El Per-

P o r A G U S T I N . Y A Ñ E Z

fil del Hombre y la Cultura en México”. México. 1934; José Vasconcelos: “De Robinson a Odiseo-Pedagogía Estructurativa”. Madrid. 1935).

Cuando, derrotado el positivismo, estamos siendo víctimas de nuevo asedio por el pragmatismo sajón, interesado en desfigurar la fisonomía mexicana con golpes directos a la frente y al perfil de nuestra educación (gestión y rastro de Moisés Sáenz a su paso por el Ministerio de Educación Pública), habrá de defendernos la renovación profunda y maciza de nuestras escuelas por el humanismo y la filosofía. Y ha de ser la Universidad el adelantado en esta marcha contra especialismo y pragmatismo.

Pero tal renovación exige energía en el obrar y autenticidad en el contenido de los conceptos, porque como ya se apuntó líneas arriba, a nuestro humanismo le ha faltado la más honda y urgente significación, ni nuestra filosofía ha sabido abrir anchurosamente el campo de sus actividades espi-

rituales: filosofía de contrasentido y paradoja por sus limitaciones.

La estrechez de miras de un humanismo que señorea buena porción de la enseñanza mexicana, queda expresada por D. Mariano Cuevas en su discurso "Orígenes del Humanismo en México": "Humanista: es un hombre dedicado a las letras humanas... Por ser objeto de las humanidades las letras y no las ciencias, se excluyeron las ciencias naturales, las ciencias exactas, las jurídicas del campo específico de los humanistas... El humanista es el hombre que da una manera disciplinada (no por brotes primarios) cultiva las letras e ilustración humana. Como empero las galas del bien decir suponen materia sobre la cual ha de versar lo estudiado o ilustrado, el humanista aplica sus letras, su buen gusto, su "chíspe" ya a la crítica, ya a ciencias exactas, ya a las que podemos llamar más propia de él, que son la historia, la filología y la psicología". (Págs. 16 y 17).

Con toda precisión se restringe el humanismo al campo de las letras; pero en la realidad esta corriente limita todavía más el concepto humanista, proscribiendo la *opera omnia* de ciertos autores (Aristóteles, Petronio, Apuleyo, para no citar sino nombres greco-romanos), y ejercitando expurgación sobre casi todas los ingenios humanos con cuyo escogido fruto se organizan "selectas" para uso de las escuelas, en donde el estudiante ni ha conocido en realidad la obra de los clásicos, ni, por lo común, ha concebido afición para ir por sí solo a las amplias fuentes en donde con un rápido baño fueron tocadas las pastillas homeopáticas que ha probado en sus cursos de humanidades. A últimas cuentas el estudiante no sólo no ha cursado humanidades, sino que su conciencia, y sobre todo su subconsciencia (elemento psicológico cuya importancia vital cada vez se advierte mejor) han sufrido falsificación y estrechamiento por las manipulaciones de sus directores. Aun cuando no se llegara a este extremo, la limitación literaria del humanismo bastará por sí misma para acreditar de manca e insuficiente la cultura de un hombre; de aquí la nulidad, ya tradicional en nuestro país y caracterizada cumplidamente en el Periquillo de Fernández de Lizardi, del seminarista que "destripa" al acabar el ciclo de humanidades, y esto por lo ralo de los programas que fuera del latín y algo de gramática castellana, si acaso incluyen elementísimas nociones de historia, geografía, matemáticas, etc., pero con carácter de asignaturas secundarias. (Véanse los programas correspondientes a diversas épocas en la obra "Historia del Seminario Conciliar de México", por el Pbro. Pedro J. Sánchez). Claro que esta pobreza del ciclo de humanidades obedece, en general, a la escasa preparación de quienes, por lo común venidos de

provincia, de aldeas, ingresan a los seminarios; problema que en otro lugar estudiamos detenidamente al examinar la influencia del resentimiento en la historia y destino de la educación mexicana. Cabe aquí únicamente apuntar cómo la denominación de humanidades, referida a los estudios gramaticales, con exclusión del ciclo filosófico tan importante en la organización de aquellos institutos, me parece inadecuada, pues no hay nada que llene de sentido al humanismo como las disciplinas filosóficas; si los "destripados" del primer ciclo arrastraron siempre la miseria típica de Perico Sarniento, bien diverso fue el destino de quienes abandonaron el seminario al terminar los estudios de filosofía con los cuales propiamente acababa el bachillerato: nuestra historia del siglo diecinueve está llena de nombres ilustres con aquella ascendencia, tanto más generalizada cuanto eran los seminarios las instituciones únicas que ofrecían los estudios preparatorios, indispensables para abrazar una carrera "liberal". Más adelante será objeto directo de una mención, la enseñanza de la filosofía en los seminarios, cuya importancia ha sido considerable en la historia cultural de nuestro país.

Resueltamente nos pronunciamos contra el humanismo restringido a las estrechas dimensiones de la gramática y la literatura. Humanismo—estudio de humanidades—, en síntesis última, ha de ser la comprensión y la participación activa del espíritu de todos los hombres valiosos, principalmente de aquellos que surgieron dentro de la cultura de occidente que nos es esencial. El concepto de humanismo, por lo tanto, apareja los sentimientos de cordialidad, simpatía, amplitud, inquietud, actividad. El humanista ha de hacer suyos el espíritu y las experiencias de los hombres creadores de valores; para ello, primeramente, ha de buscarlos, ungida su premura en el óleo de la simpatía; luego ha de entenderlos, amarlos y seguirlos con fervor renovado. Simbiosis constante y consciente, como quiere Troeltsche. Biología de la tradición, según define Curtius.

De esta manera, estudiar humanidades no es aprender mecánicamente y con artificios que suplan a un entrañable interés, este o el otro idioma, claves de valiosas porciones de la humanidad; ni es tampoco acercarse con tiento y reserva a este y aquel espíritus, salvando cotos en sus obras y aceptándolas con parcial efusión; ni menos aún seleccionar disciplinas y experiencias para servirnos de algunas y desdeñar las otras.

El humanismo es algo integral; por esto choca con su concepto el método exclusivamente analítico y especialista que llevado en nuestros días al terreno pedagógico, se traduce en el activismo de Dewey. Por el contrario, el humanismo exige

la agilidad y el vigor de la síntesis que es cifra de la verdadera inteligencia; quien no posea este don, en vano estudiará humanidades.

Asimilación de los mejores espíritus, el humanismo no puede ser pasiva proyección sobre el pasado, sino re-creación, re-animación de lo que fue. El humanista re-vive en sí, conforme a su moderna circunstancia, pensamientos, sentimientos y fórmulas de un pretérito ejemplar; luego el humanista ha de ser hombre alerta, disparado en incesante actividad hacia la aprehensión de los valores que su simpatía intuye.

Y llegamos de este modo a la verdad suprema del humanismo; poco vale en él la letra y todo el espíritu. Es falso, en consecuencia, el humanismo que se aferra a la letra y de ella hace inextricable dogma, con desprecio absoluto de su espíritu: humanismo interesado, sin agilidad ni actualidad, es incapaz de re-vivir, de re-crear; quédese en la cripta de una muerta erudición sin destino ni posibilidades apreciables.

Entre el puro erudito y el real humanista, media la distancia que entre un esqueleto de fosa común y el magnífico corredor que anunció—en casi un vuelo—, el triunfo de Salamina; idéntica distancia que entre una ruda piedra de molino y la piedra hecha vida en la Victoria de Samotracia.

Semejante amplitud requiérese, asimismo, en los estudios filosóficos. Si cultura es alma, la filosofía es el alma de la cultura. Por desgracia la enseñanza de las disciplinas filosóficas en nuestras escuelas ha adolecido de inveterados defectos: o se trata de imposiciones sistemáticas absolutamente cerradas, o de un caos de ideas contradictorias, con solución de continuidad, abstrusas y frívolas, insensatamente eclécticas. El primero es el sistema de enseñanza de los seminarios, patrón y única filosofía escolar durante muchos años: el pensamiento ajeno a la escolástica se trata fragmentariamente según va conviniendo a la apologética de las tesis propias; la discusión se entabla sobre prejuicios, sin que las doctrinas y los pensadores adversos sean previo objeto de exposiciones desinteresadas: exposición y crítica se revuelven implacablemente y por lo común la crítica precede a la exposición mutilada de los heterodoxos. (Véanse, entre otras muchas, las alegaciones en pro, del Obispo de Michoacán, don Clemente de Jesús Munguía, en la "primera serie" de sus "Obras Diversas", y del Obispo de León, don Emeterio Valverde y Téllez, en sus diversos tratados sobre la historia de la Filosofía en México; y en contra pueden consultarse "La Filosofía en la Nueva España, o sea Disertación sobre el atraso de la Nueva España en las Ciencias Filosóficas, precedida de dos documentos. Escrita en Lagos, por Agustín Rivera... 1885", y el "Ensayo Histórico

de las Revoluciones de México", por don Lorenzo de Zavala, tomo II, Cap. 9).

El segundo sistema que por lo común es el adoptado en las instituciones laicas, añade a los defectos señalados antes, sus constantes fluctuaciones y modificaciones, porque está siempre atento a las fluctuaciones y modificaciones continuas en el orden político que demandan la bandera de un criterio filosófico; en el lapso de la carrera de un estudiante los planes y programas de estudios se modifican infinitas veces, de acuerdo con las exigencias políticas o simplemente con el gusto o capricho de los Gobiernos: es raro que el primer acto de una autoridad escolar, que en México se muda por lo menos anualmente o antes si hay oportunidad, no sea el cambio de planes o programas; así un estudiante que comenzó a orientarse por el camino de un agudo psicologismo, a mitad de sus estudios, sin transición ni juicio suficiente, se enreda en las mallas de una nueva posición filosófica. Otra circunstancia agrava el daño de esta inestabilidad: el carácter episódico, discontinuo, de las enseñanzas filosóficas así en la materia como en el método; cuando, por ventura, algún instituto escapa de la heteronomía política, quédale el resabio de la discontinuidad en el conjunto de las disciplinas filosóficas que profesa; este aspecto de la cuestión se complica con un mal-entendido de la libertad de cátedra, a saber, la ilimitación casi absoluta en que se deja a los profesores aun para determinar las grandes líneas de sus programas y el método de la enseñanza, que al fin resulta anárquica: en esta cátedra de psicología el alumno presencia el episodio de la negación del alma y del determinismo; más tarde, en la clase de ética, el alma goza de plena salud y el libre albedrío desempeña el papel de mayor importancia; en aquella clase la psicología es la clave del edificio filosófico, y luego, en esta otra clase de lógica, un secuaz de Husserl sostiene la memorable batida contra la intromisión psicologista y restaura el ordenamiento de la Escuela; en este curso de ética se examina con detenimiento el episodio de la libertad o el del utilitarismo, pero sin resolver todos los cabos, sin contraer el compromiso de una posición personal o aun recayendo en la conjuración del silencio contra los argumentos adversos a las ideas expuestas, se salta al estudio de otros temas cuya conexión con el anterior no aparece clara a los alumnos; para salvar los inconvenientes apuntados, este maestro organiza un estudio total, panorámico, donde el discípulo aprenda el cruzadísimo mapa del pensamiento filosófico y sepa atenerse a esta orientación de conjunto cuando oiga tesis contradictorias, pero las proporciones que de ordinario tienen estos estudios dentro de la economía general de los Institutos, dificulta la resolu-

ción favorable de la línea de sucesión sistemática de una idea, y estos cursos sufren el deplorable destino de casi todos los cursos de las escuelas mexicanas: se quedan a medio desarrollar o se reducen a una retahíla, sin sentido, de nombres, y a una confusión de ideas disímiles e incomprensibles.

La falta de estudios preparatorios sistemáticos, de carácter sintético, pero completos, hace de todo punto inútiles y aun perjudiciales los cursos monográficos que se sustentan en las escuelas superiores.

La raíz de estas circunstancias tiene arraigo profundo, como que procede de que a su vez, los actuales profesores, fueron víctimas de tal desorganización; la diversa procedencia espiritual, y en muchos casos el autodidactismo aceptado como un

recurso heroico contra las antítesis circundantes, prolongan sobre el presente, los yerros del pasado.

Toca, por todo ello, a la Universidad, y muy especialmente a su organismo céntrico, la Facultad de Filosofía y Artes, promover la renovación nacional de estas disciplinas; si ella no organiza con un profundo sentido de *uni-versalidad* (unidad de toda variedad), las tendencias dispersas y, como hemos visto, urgentes para la integridad de nuestra fisonomía cultural, el mal de las escuelas de México se multiplicará, pues en todo el país se habrá perdido el vigor humanista y la filosofía de los ciudadanos será tan borrosa, que precisará llamar al Fundidor que en el "Peer Gynt", de Ibsen busca a los hombres inútiles para echarlos en el crisol de donde saldrá una mejor humanidad.

ASPECTOS DE LA VIDA DEL ILUSTRE MINERALOGISTA DON ANDRÉS MANUEL DEL RÍO

La Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de nuestra Universidad, convocó en el mes de enero de 1935 a un concurso, abierto para los escritores españoles y mexicanos, en que debería premiarse la mejor biografía de los ilustres fundadores y primeros catedráticos del Real Seminario de Minería de México, D. Joaquín de Velázquez Cárdenas y León, D. Juan Lucas de Lassaga, D. Fausto de Elhuyar y D. Andrés del Río.

Un año se concedió a los participantes, como plazo, para enviar los trabajos a la justa. Al cabo de él, el Jurado Calificador otorgó, por unanimidad de votos, el primer premio al estudio firmado por el señor Arturo Arnáiz y Freg. La biografía presentada al concurso por el señor Ing. Vito Alessio Robles fue considerada como sobresaliente por su mérito y se le otorgó una Mención Honorífica.

A continuación podrá leerse un fragmento del "Estudio Biográfico de D. Andrés del Río", escrito por el señor Arnáiz y Freg; trabajo que, aparte de la recompensa ofrecida por la Universidad Nacional, valió a su autor un premio extraordinario del Casino Español de México.

P o r

A R T U R O

A R N A I Z

Y F R E G

"Sólo los hombres de un temple heroico pueden renunciar al bienestar material y a la respetabilidad pública por lo único que realmente le queda al que cultiva la ciencia pura: la satisfacción de servir a la larga a sus semejantes".—Gregorio Marañón.

EXPOSITOR claro y ameno; polemista agudo y temible, a veces intemperante y chocarrero por falta de gusto literario y hábitos de periodista no corregidos a tiempo, pero escritor sabroso y

castizo en medio de su incorrecta precipitación, investigador constante y bien orientado, a quien sólo falta cierto escrúpulo de precisión y atildamiento en la expresión; trabajador de primera mano en muchas materias mineralógicas, que ilustró con importantes descubrimientos; hombre cortante a veces en sus juicios sobre mineralogistas, pero pronto a rectificar sus errores. Tal fue D. Andrés del Río.

Ingenuo en el trato, franco y abierto de corazón, no trató de explicar con motivos sobrenaturales el rumbo luminoso que dió a su vida.